

## A ciegas: sección de audiovisuales

Beatriz CANTERO SAIZ\*

**L**os bibliotecarios frecuentamos librerías, Ferias del Libro, Congresos, de libros también. Además, si paseamos cerca de una factoría de metacrilatos, no olvidamos curiosear por si damos con un adecuadísimo soporte para libros destacados, o para destacar libros. Bibliotecarios y libros: una vida conyugal a prueba de cánones.

Pero la familia ha crecido y han llegado a las bibliotecas, lustros ha, los documentos audiovisuales. Entraron un día no se sabe cómo; quizá por la puerta de emergencia, considerando que somos un colectivo que, para bien o para mal<sup>1</sup>, tendemos a querer que la “casa” esté llena. Y, así, seguimos cuantificando, que es algo muy fotogénico: millones de libros, toneladas de audiovisuales, miríadas de usuarios.

Como las bibliotecas quieren que se las quiera, quieren ofrecer aquello que el público desea o puede desear, bien sea chocolate con churros los jueves, bien películas. Con esta última opción, hemos acertado. Tal vez buscando fuegos de artificio, hemos encontrado el secreto del fuego.

En definitiva, y por supuesto, bienvenidos sean los documentos audiovisuales a las bibliotecas públicas. Pero ha llegado el momento de que estos documentos entren y salgan por la puerta principal, ocupando el lugar que merecen. Para ello hemos de reflexionar concienzudamente sobre el mantenimiento, selección, exhibición y tratamiento de esta colección. Yo, al menos, echo de menos este foro entre los profesionales, que tal vez me permita aplacar mis tics nerviosos cuando pretendo explicar, y explicarme, la sección de audiovisuales de las bibliotecas sin oír una voz en off que repite: ¿sección a la deriva?, ¿el amorfismo como virtud?<sup>2</sup>.

47

### La Seminci y las bibliotecas públicas

Un mes después de que Liber cerrase sus páginas, la Seminci comienza a rodar. En esta 51ª edición de la Semana Internacional de Cine de Valladolid, tras ver y sufrir y reír y aburrirme y ver y pensarme y admirar y pensar; tras y mediante, soñé, más bien despierta, lo siguiente:

---

\* Biblioteca Pública de Noáin-Valle de Elorz

1. El “para mal” entiéndase como “pretender tener el aforo completo a toda costa: con o sin documentos, con o sin medios, con o sin criterios”.

2. A pesar de la generalización, respeto y admiro la excepcionalidad de determinadas bibliotecas en este sentido, y el empeño e interés individual de cada bibliotecario por ofrecer una colección lo más seria posible.

Esc. 1. Biblioteca Pública de Noáin. Área de información y préstamo.- Interior. Día.

De la estantería yo tomaba el libro "Cuidar al que cuida", de Margarita Rojas, y se lo entregaba a la persona que lo había solicitado; a continuación le sonreía, pues si de algo estoy segura es de que los libros ayudan pero no hacen tantos milagros como las sonrisas.

Puede renovarlo por teléfono. Hasta pronto.

De pronto, mi cabeza activó su archivo de relaciones y corrí en pos del lector, lo alcancé, y le tendí un DVD más un Véalo. En la caja se leía "Las alas de la vida" de Antoni P. Canet.

El lector lo aceptó extrañado. Hasta pronto, veedor.

A los dos días, volvió para devolver la película y me contó 1. que le había dolido y 2. que le había servido. También sonrió. Dijo además que lo había grabado, con esa bajada de voz del que no sabe si lo suyo es apología de la delincuencia del parche en el ojo. (Por cierto, tendremos algún día los bibliotecarios que informarnos, debatir y divulgar en qué consiste ese extraño concepto de la piratería, qué es y qué derechos nos otorga la ley de propiedad intelectual, quién es Sony y por qué me quiere mal, qué es "sin ánimo de lucro" o qué "transmisión cultural").

Aquel usuario me dijo: recomiéndela. Yo le dije, recomiende grabar (en otros sueños también recomiendo comprar originales). Sonreímos, de nuevo esa panacea.

Y el sueño terminó.

Al soñar, ya despierta o dormida, algo latente emerge. En mi caso, la alusión es inequívoca. ¿Qué colección audiovisual ofertamos en las bibliotecas? Nuestra sección documental, que es ni más ni menos que el equivalente al ensayo en papel, suele ofrecer mayormente cómo viven, roncan, atacan..., y se reproducen los animales, amén de las historias de España obsequio de alguna publicación periódica. Su pertinencia en las bibliotecas es incuestionable pero ¿acaso el ser humano no vive, ronca, ataca, dice, miente, urbaniza, censura, lucha, baila..., se reproduce y muere?

48

La respuesta es sí. Así, Carlos Cristos, protagonista de *Las alas de la vida*, nos enseña, con una valentía tan humana como heroica, el preciso lugar que ocupó la muerte, justo a continuación de la vida, pero imbricada en ésta. Este y otros documentales existen, y existen para ser vistos. Se han proyectado, por ejemplo, en la sección *Tiempo de Historia* de la Seminci, espacio cuyo peso en este festival se va tornando, razonablemente, kilográmico.

En las bibliotecas necesitamos documentales si pretendemos que éstas sean espacios de ideas, de diálogo, de controversia, de apuestas. A tenor de lo visto en Valladolid, creo que las bibliotecas estarían mejor iluminadas (cuando Endesa amenaza, lo mejor es contar con nuestros medios) si acogiesen algunos de estos títulos: *De Madrid a la Luna* de Carlos Balagué, donde la Luna, entre otras muchas cosas, deja de ser un concepto poético, para ser algo tan contralírico como la plataforma de unos astronautas banderilleros; *Goodbye America* de Sergio Oskman, donde Al Lewis, conocido por nosotros como el abuelo de *La familia Monster*, nos relata la vida y batallas de Al Lewis con y contra el mundo, vertiendo unos litros de burbujante cianuro con un desparpajo y una sabia ternura poco usual en estas latitudes; *KZ*, de Rex Bloomstein, nos enfrenta al presente de Mauthausen, empleando otro microscopio para observar un lugar que existe; de Driss Deiback pudimos ver *Los perdedores*, otros de tantos en la sociedad de los vencedores y los vendedores. En Sección Oficial, como punta del iceberg que viene a confirmar que el género documental está emergiendo, encontramos la película docu-

mental dirigida por Davis Guggenheim, *Una incómoda verdad*, en la que Al Gore nos alerta sobre un tema que sabemos demandado en nuestras bibliotecas, el calentamiento global y otros desastres provocados; en este caso, aunque el tema nos interese, la fórmula de Gore es muy *gore*, en fin, sin comentarios (positivos).

No haber desarrollado suficientemente el don de la ubicuidad, me hizo imposible poder ver otros documentales que anoté por si algún día se presenta la ocasión: *Rabindranath Tagore* del ciclo dedicado al realizador indio Satyajit Ray; *La leyenda del cura de Bargota*, de Pedro Olea, homenaje a mis años de bibliotecaria en Viana, y a los que por allí habitan (extensible a oriundos de Aguilar de Codés); *Tres camaradas*, de Masha Novikova; *El cuarto poder*, de Helena Lumbreras y Llorenç Soler.

Se proyectaron más, pero la capacidad de asimilación de tormentas de imágenes e ideas, para alguien a cuyo hogar aún no ha llegado esa antena de televisión de la que dicen que emite 525 interesantísimos y trepidantes acontecimientos por hora, es absolutamente insuficiente. Y ya que he mencionado la televisión, y que cada medio tiene sus virtudes, sabemos que las distintas cadenas producen y emiten, unas con más frecuencia que otras, documentales imprescindibles para desarrollar la función de información inherente a las bibliotecas públicas. Desconozco todo sobre la forma de adquisición de estos programas, y qué decir de las ediciones radiofónicas, pero prometo indagar para atar otro de los cabos sueltos de mi formación, presunta, filmotecaria.

Continuemos, sección de audiovisuales, zona DVD de ficción. No digo yo que Titanic no tenga muchas olas y que las olas son muy interesantes; pero teniendo en cuenta que el dinero es escaso (infinitamente más que las olas) y que las zonas de audiovisuales de las bibliotecas, en la mayoría de los casos, no llegan a ser secciones sino más bien pequeños muestrarios de películas, me vuelven a asaltar ciertas dudas. ¿Hemos de adquirir películas cuyo valor es exclusivamente comercial? ¿Sólo clásicos? ¿Sólo comedia? ¿Sólo terror? ¿Un poquísimo de todo? ¿Qué es todo?

Todo esto, para mí, es un quebradero. Si respecto al documental apuesto sin dudarle por su masiva presencia en nuestras bibliotecas, los criterios de selección y la selección misma de cine no documental constituyen mi penitencia mensual. Con todo, y viajando de nuevo a Valladolid, diré que Goran Paskaljevic, con ese doloroso humor que muestra los estragos de la vulnerabilidad, sacó lo mejor y lo peor de mí en *Optimistas*, y que algún día me gustaría prestar esta película en la biblioteca, sobre todo en estos tiempos de milagrosos manuales de autoayuda y felicidades varias y, cuando menos, extrañas. Como filmografía complementaria aporto para que sean vistas, sean o no seleccionadas, *The Queen*, documento histórico finalmente hilado por Stephen Frears; *Indecisión*, en la que Miwa Nishikawa muestra la disuelta frontera entre verdad y mentira cuando el sujeto es arte y parte de su recreación; no pude ver *La casa de mi abuela*, de Adán Aliaga, pero tentaba como ninguna, pues apuntaba conflictos y represiones posiblemente harto reconocibles; *Hombres trabajando*, de Mani Haghighi, película entre insignificante y significativa precisamente en su pequeñez, revela una anécdota que refleja con humor el absurdo de, cómo no, el hombre y sus afanes; la sorprendente y divertida *De bares*, primer largo de Mario Iglesias, proponiendo un cuadro psico-sociológico que

puede constituirse en el primer volumen de la Historia Universal de las Relaciones (públicas y privadas) Humanas; de Paul Leduc se pudo ver *Cobrador (In good we trust)*, película que genera un malestar bastante similar al horror de leer el periódico, cuando no entiendes nada, y lo único que sientes es que ese tumulto de nada es cuando menos terrible; *La señorita*, de Andrea Staka, la recetaría junto al libro *El Ministerio del dolor*, de la croata Dubravka Ugrešić, pues ambas observan el mundo del refugiado más allá de las tiendas de campaña, no abundando en la guerra sino en la íntima posguerra.

Esto, y más, vimos en Valladolid. Ahora planteo cómo adquirir éstas u otras películas para la biblioteca. Pues bien, no sé cómo, ni cuándo, ni dónde, ni quién, ni muchas veces por qué, se editan o reeditan en DVD estos documentos. Y es nuestra responsabilidad conocer este mercado, aunque no sea fácil, de hecho reconozco que la masonería a veces me parece menos críptica. Si no desciframos el mercado audiovisual, no podremos sacarle partido y podemos, en cambio, llegar a formar una colección en función de hallazgos puntuales o directamente al dictado de las novedades y de las selecciones, en muchos casos arbitrarias, que publican periódicos y revistas, o de las ediciones de kiosco.

Salta a la vista que las oportunidades que hoy ofrece el mercado del libro (aun con sus inercias y sus luchas de titanes contra hormigas militantes) están muy por encima de las escasísimas posibilidades de elección que nos brinda el mercado audiovisual, si de que todos podamos degustar productos culturales, y no sólo comerciales, se trata. No estará entre sus funciones democratizar la cultura; entre las de las bibliotecas públicas, en cambio, sí. Algo habrá que pensar, algo habrá que hacer.

50

Porque cuando la necesidad aprieta, las barreras se muestran incapaces. Ver, saber y leer, son necesidades básicas, junto con comer, dormir y reír. Consecuentemente, el que quiera ver algo, y más hoy con Internet, lo verá. Por ello me comprometo aquí y ahora a dedicar parte del 2007 a pensar y repensar acerca de la moralidad, pues su legalidad es evidente, de las descargas de Internet de documentos audiovisuales cuya única fuente de distribución sean las benditas (para unos) y apocalípticas, trágicas, contranatura, etc. (para otros) redes P2P.

Mientras tanto, lo que nos queda a los bibliotecarios es comprarnos un cuaderno, muy grande, donde anotar aquello que hemos tenido la suerte de ver en pantalla grande, o aquello que nos han dicho que hay que ver, para preguntar periódicamente si ya se ha editado, y otra vez, ¿aún no se ha editado? y, de nuevo, ¿sabe alguien si se va a editar?

Otra de las cuestiones que se nos plantea es la de las fuentes filmográficas que manejamos en nuestro trabajo de selección. Aquí están los catálogos, habitual-



mente *on-line*, de tiendas o distribuidoras especializadas, con el *handicap* de que la información que aportan sobre las películas es meramente promocional. Aquí están también las revistas, webs, blogs y libros sobre cine; fuentes en muchos casos competentes pero no enfocadas (normal, si no lo hacemos nosotros, nadie lo va a hacer) específicamente a una colección de biblioteca pública con recursos limitados y pretensión de interés general. Aquí está también la filmografía de clásicos para la biblioteca de Rafael Iso (gracias, Rafa). Y aún hay más.

Entre las fuentes bibliofilmográficas que podemos consultar encontramos las publicaciones editadas por los festivales de cine: desde los propios catálogos de cada edición, que también podemos encontrar en sus páginas web, hasta las publicaciones monográficas que profundizan en distintos campos del conocimiento audiovisual. El Servicio de Publicaciones de la Seminci mantiene en su catálogo obras en papel sobre Liv Ullmann, Takeshi Kitano o Ernst Lubitsch, sobre el cine belga o el cine australiano, y otros libros de especial interés para nuestras bibliotecas como pueden ser, a modo de ejemplo, *Miguel Delibes. La imagen escrita*, de Ramón García Domínguez, o *José María Aldecoa. Sentada en un rincón*, de la propia autora.

Otra cuestión no menor, aunque aún tengamos que superar nuestra educación sentimental del “ande o no ande...”, es la presencia del cortometraje en las bibliotecas públicas. Es evidente que adquirir el *Movierecord*, o el último anuncio institucional que proclama que beber cerveza puede acabar con tantas vidas como una bomba nuclear, no va a revolucionar el fondo y contenidos de nuestra sección de audiovisuales y, para decepción de muchos, estos son los “cortos” que disfrutamos cada vez que acudimos a una sala comercial de cine.

El cortometraje como género, como obra completa con sentido propio y propia razón de ser, corre el riesgo de ser el gran desconocido de las generaciones futuras. ¿Qué decir de la presencia del cortometraje en las bibliotecas? Podemos decir ().

En cambio, sí podemos hablar largo y tendido del porvenir del cuento en la narrativa actual y, por lo tanto, en las bibliotecas públicas. ¿No nos interesa acaso el corto? Sí, si somos de Monterroso o de Quim Monzó, y de sus cortos cuentos. Entonces, consensuado el interés, ¿qué hacemos?, ¿vamos a la lechería a adquirir cortos? Si las vías por las que circula el largometraje tienden a lo insondable, por las cañadas del corto a mí ni me pregunten.

Lo poco que sé, es que sí están editados varios volúmenes de *Aardman Classics*, realizadores conocidos hoy como los artífices del calabacín gigante de Wallace y Gromit; también que están en nuestras bibliotecas los cortos de los *Catálogos de creación audiovisual navarra* en sus ediciones de 2004 y 2003, o los cortos de los sucesivos festivales *Fotogramas en corto* o *Los mejores cortos del cine español* (en este último caso mi enhorabuena a sus adquisidoras en la Biblioteca de Tafalla). Pero cortos, en las bibliotecas, poco más. ¿No se realizan más?

Tiene que haber más. Parece que vamos descubriendo más cajas fuertes de las esperadas, y los bibliotecarios deberíamos liderar un equipo de detección de combinaciones secretas y, si la cosa se pone difícil, agruparnos en Descerrajes Culturales S.L.

Afortunadamente, en la Semana de Cine de Valladolid el corto sigue teniendo su espacio en la pantalla, con mejor o peor fortuna, como todo. En esta edición, mis aplausos para *Habitat*,

cortometraje que obtuvo el galardón al Mejor Corto de la sección *Punto de encuentro*. Esta obra, realizada por Lars Arrhenius y Johannes Müntzing la emitiría a diario en la biblioteca, como reflejo, sin aspiradora ni escarceos extraconyugales, de que para que en la primera planta no mueran de un golpe de calor, en la planta baja nos hemos de calzar prendas polares, y cuando en la planta baja los niños aprenden a leer a viva, vivísima voz, en la planta de arriba se queda a medias la sesuda hipótesis de una tesis doctoral. Esto lo han conseguido los realizadores suecos de Habitat con una animación de ceros y palotes elementales y, por esenciales, hiperrealistas.

El cortometraje es también importante en la biblioteca porque a veces es la única forma que tienen de expresarse cinematográficamente los autores locales; porque en Navarra tenemos estudiantes de Comunicación Audiovisual y nuestro apoyo puede ser fundamental para divulgar sus trabajos; porque la voz y la imagen en la *Sección local* de las bibliotecas hoy se torna indispensable y, ya de la biblioteca, ya de otros colectivos de la comunidad, pueden emanar productos audiovisuales que recojan la memoria de nuestros pueblos.

Ya sólo queda concluir con una invitación a los bibliotecarios a acudir a festivales o a tener en cuenta sus propuestas. Hoy podemos apuntar en la columna de selecciones de nuestros famosos cuadernos *Las alas de la vida*, aunque tal vez hayamos de esperar para departir en las bibliotecas con Carlos Cristos y Antonio Pérez Canet. Por eso es el momento de desempolvar las anotaciones de ediciones anteriores y aquí veo varios títulos que la Seminci en algún momento programó: *Los idiotas*, de Lars Von Traer; *Italiano para principiantes*, de Lone Scherfig; *La dignidad de los nadies*, de Pino Solanas; *Promesas* de Justine Shapiro, Carlos Bolado y B.Z. Goldberg, entre muchas otras, e interesantes películas.

52

Ahora espero que esta reflexión propicie el debate, el interés y el desarrollo de este proyecto a relanzar, la Sección de Audiovisuales de las bibliotecas públicas. Afortunadamente no estamos solos en esta empresa que es la de descifrar, entender, actuar y ofrecer. Para muestra y como colofón, *Esta película aún no está calificada*, obra de Kirby Dick.

He de felicitar en primer lugar a los aguerridos profesores de instituto que llevaron a sus alumnos a la proyección de esta película; también sé que los adultos tendemos a irritarnos cuando nos impiden una mínima concentración. Mas siendo las palomitas un hecho, que no un derecho, en las salas comerciales, en el pase de esta película en concreto, me planteo: ¿no merece la pena contener las ganas de gritar *Silenciooooo*, si con ello conseguimos que la generación siguiente vea lo que es y lo que supone la censura, tanto la económica como la moral? *Esta película aún no está calificada* nos ofreció el esfuerzo, y valentía, de varios realizadores por descubrir y advertirnos sobre el demencial, amén de censor, sistema de clasificación de películas americanas. A un cineasta le preocupa su entorno, y se ocupa.

Ocupémonos, nosotros también, de nuestros quehaceres. Seamos tan celosos en organizar el banquete de Buñuel, como lo somos con la biblioteca de *El Quijote*, y Sancho P.